

Cartas a Mis Pacientes



Ilustración: José Luis Alcover Lillo.

M. Gloria Alcover Lillo*

Principio Vital, Fuerza Vital y Sistema Inmunitario

Queridos pacientes y amigos:

He elegido este tema con el deseo de ayudar a diferenciar algunos elementos que constituyen nuestro organismo total y que son vehículos responsables de lo que llamamos nuestra vida, nuestra forma de ser y nuestra capacidad de reaccionar tanto en la salud como en la enfermedad.

El interés me ha venido por las continuas referencias que muchas personas hacen del sistema inmunitario, por la cantidad de enfermedades denominadas por la medicina convencional como “autoinmunes” y los numerosos integradores y

*La autora es médico cirujano por la Universidad Complutense de Madrid (España), con especialidad en Ginecología y Obstetricia; además, tiene la especialidad en Homeopatía por la Escuela de Posgrado de Homeopatía de México, A.C., y es miembro de honor de la Universidad de Sevilla, la Academia Médico Homeopática de Barcelona, la Escuela Médico Homeopática Rumana, la Escuela Médico Homeopática Ecuatoriana, la Escuela Médico Homeopática de Bogotá y el Instituto G. Páez de Bogotá.

fármacos que se venden para “estimular el sistema inmunitario”, como si éste fuera un sistema existente por sí mismo que no perteneciera a “alguien concreto” y no tuviera relación con la historia de un sujeto o los demás órganos de la misma totalidad que es cada ser viviente. Como si se moviera como una constelación independiente, por sí misma, sin ninguna referencia individual o personalidad.

Así, quien ignore la necesidad de la experimentación en el hombre sano como condición obligatoria para poder obtener la precisión científica necesaria que pueda determinar con claridad, exactitud y precisión los efectos benéficos reales en cada individuo de cada fármaco sin mayor problema, simpatiza con el Ribes nigrum, la Echinacea o la Papa real... Y es así que la mayor parte de las personas se llenan de estos nutrientes (¿?), convencidos de que por sí mismos les darán la fuerza que les falta para reaccionar y recuperar su salud y modificar su patología. Es decir, estimulando el sistema inmunitario.

La reflexión interesante para todos tiene que ver con otros elementos, de más alta jerarquía y poder de organización en cada ser viviente, que superan con mucho al sistema inmunitario. Es más, que son su propio fundamento y sin los cuales el sistema inmunitario de cada persona, con sus peculiaridades, características, poder y límites, no existiría.

El principio vital

¿Qué es? ¿Qué significa en un ser viviente? ¿Cómo actúa? ¿Qué función tiene y qué diferencia tiene con el sistema inmunitario?

El principio vital es exactamente eso, un principio. Aunque es “invisible”, es decir, no se puede detectar con un instrumento fisicoquímico, es, sin embargo, el principio de la vida de cualquier ser. El elemento fundamental de cualquier organismo viviente para que pueda desarrollar su vida individual dentro del Universo a partir de su existencia y del poder implícito en su realidad. Dicho en un modo simple, “sin la vida dentro... no se puede vivir”.

Inevitablemente la reflexión se completa diciendo que este principio vital invisible, desde el punto de vista material, reconocible principalmente por el efecto evidente de la vida que se observa y desarrolla ante nuestros ojos, es un elemento fundamental y constitutivo de cada ente para que pueda “ser lo que tiene que ser”: la piedra, piedra; la rosa, rosa; el león,

león; el hombre, hombre; las estrellas, estrellas y las galaxias, galaxias.

Él contiene en modo intrínseco, irreversible e insustituible toda la “información” necesaria para permitir que esto suceda y que en el flujo incontenible cósmico la piedra no se convierta en león, o el león en estrella. Es decir, que mantiene la propia identidad de cada ser viviente desarrollando las condiciones necesarias para que cada cual viva su propia vida plena y real.

Dentro de este invisible principio vital se encuentra, como en una semilla que debe manifestarse en el tiempo, todo el misterio de cada vida: su sentido, su misión, sus facultades adecuadas para realizar lo que le pertenece. Su participación en la sinfonía universal, su destino y su trascendencia.

Cuando una persona se enferma y su principio vital, por uno u otro motivo, con o sin la voluntad de la propia persona, se oscurece, se entorpece o se obstaculiza en su expresión, frecuentemente se observa que la persona siente que “pierde el sentido de su propia vida”. La persona enferma siente y sufre la realidad. Siente que está lejos de lo que le pertenece, tanto física como moralmente. A veces en todos los sentidos: física, emotiva y espiritualmente.

Siendo el principio vital el motor fundamental de la vida, todos los instrumentos que pone al servicio de la vida de cada cual tienen esta intención y característica: devolver al individuo la vida que le pertenece para que pueda alcanzar, como todo lo que existe, su plenitud (cualquiera que sea). Y he aquí que surgen las manifestaciones de dolor que nosotros hemos llamado “síntomas”, como gritos de alarma salvadores que emanan del principio vital para obligar a ese ser, planta, animal u hombre a poner atención, de manera que escuche su propia naturaleza y ordene su conducta de acuerdo a las leyes de la vida que lo llevarán a la conservación y a la realización posible de su realidad.

El sauce plantado lejos del agua morirá, o desarrollará sus raíces y doblará su tronco hasta donde encuentra el agua cercana que le permita la vida. El animal que vive en una situación demasiado desértica cambiará de lugar o excavará pozos para saciar su sed. Los seres humanos decidirán corregir o cambiar lo que les lastima para deshacerse del dolor que les avisa que están lejos de las condiciones óptimas de su vida... enseñándoles a cada uno a vivir según su mejor expresión posible. Y empujándoles en modo coherente a lo que les es necesario para recuperar su equilibrio y la salud que les pertenece.

Es el principio vital el que tiene en su semen la génesis y el desarrollo de lo que nosotros hemos llamado sistema inmunitario, como tiene en su semen la génesis de los sistemas circulatorio, óseo o endocrino.

La fuerza vital

¿Qué es? ¿Qué significa en un ser viviente? ¿Cómo actúa? ¿Qué función tiene y qué diferencia existe con el sistema inmunitario?

La fuerza vital es exactamente eso: la fuerza de la vida que cada uno posee en modo total y limitado desde el nacimiento para desarrollar su propia vida. La fuerza vital es una expresión de la continuidad de la vida y de la nutrición que cada ser viviente recibe en todos los sentidos. Quien nace en las condiciones óptimas de su existencia nace fuerte, hermoso, potente; quien nace bien nutrido en el cuerpo, en el amor, en el alma, en el contacto con la Naturaleza, en la alegría, en la dicha hereditaria, nace fuerte como un roble casi al punto de parecer indestructible o impecedero (¿fortuna o destino?).

Todos los demás nacemos nutridos a mitad; a veces mal nutridos, con una herencia ya de ancestros mal nutridos. A veces por el hambre física, a veces por la violencia; a veces nutridos de guerra, de odio o de repulsión de vivir.

Lógicamente, quien nace tan mal nutrido mostrará mucha debilidad en muchos aspectos y su fuerza vital, la fuerza recibida para vivir, será insuficiente para desarrollar los deseos de plenitud que engendra su vida, su principio vital personal... y la vida le resultará muy fatigosa intentando adecuar su verdad a su realidad, su corporeidad limitada a su tensión de plenitud, sus posibilidades a sus deseos.

La fuerza vital es el motor, la capacidad de desarrollar lo que el principio vital dirige en el individuo. Son aspectos diferentes, pero unidos, que forman parte del ser que vive como lo son el timón y la nave en mitad del mar. La fuerza vital la reconocemos en un ser viviente por su resistencia, su vulnerabilidad, su potencia de acción en el caminar, hablar, idear, proyectar, restituirse cuando se está cansado y soportar las dificultades tanto físicas como emotivas. Es decir, en la manifestación evidente de la vida de un individuo. Una planta, piedra, estrella, animal u hombre puede ser fuerte o débil, independientemente de su belleza.

El principio vital y la fuerza vital, como un hecho evidente a los ojos de todos, sin necesidad de reflexionar, muestran la finalidad en su conjunto de colaborar continuamente para dar completa realidad, dinámica y carnal, a todo lo creado.

La repetida frase “todo está dentro de ti, la curación está en ti”, de repente encuentra una mayor comprensión. Es dentro de este marco vital que podemos comprender también el porqué de la necesidad de la figura del médico. ¿Por qué se ha dicho que la Naturaleza es el mejor médico de las enfermedades? ¿Por qué se habla en el Juramento de Hipócrates del *primum non nocere*, es decir, que el primer deber del médico es no dañar lo que está haciendo la Naturaleza y sólo intervenir cuando se está seguro de que lo que se va a hacer es mejor que lo que está haciendo la Naturaleza?

De esta constatación surgen el nacimiento, la importancia y la necesidad de la ciencia y del método científico con el objetivo de ayudar mejor a la Naturaleza. No de anularla o transformarla, sino de favorecerla siguiendo sus indicaciones y su ejemplo.

El sistema inmunitario

¿Qué es? ¿Qué significa en un ser viviente? ¿Cómo actúa? ¿Qué función tiene y qué diferencia tiene con el principio vital y la fuerza vital?

El sistema Inmunitario es exactamente eso: un sistema que se ocupa en modo particular de la defensa del individuo frente a las agresiones externas, llevándolo a su homeostasis y a su equilibrio.

Está formado por una serie de órganos linfáticos, bazo, timo, linfocitos, monocitos, tejidos, células y receptores/emisores sutilísimos, al punto de ser, muchos de ellos, sólo detectables usando ciertos instrumentos altamente especializados y otras veces reconocidos únicamente por los movimientos que provocan en los campos de experimentación. Es decir, un instrumento complejísimo de la vida como lo es la mano del hombre, el sistema nervioso, el sistema circulatorio, etcétera, de tal forma que todos juntos, ocupándose cada uno de lo que le corresponde y en armonía con el conjunto de todo lo que es cada ser viviente, dan como resultado la posibilidad de vivir y seguir viviendo.

Sin embargo, ninguno de estos sistemas por sí mismo son la vida. Ninguno puede sustituir al otro.

Los instrumentos del cuerpo no son ni su principio vital ni su fuerza. Son los vehículos como vehículo es el hombre mismo de la misteriosa vida. Somos, fundamentalmente, una “mano de obra” de algo que nos supera y está dentro de nosotros mismos: proyectos, anhelos y tensión de cumplimiento que nos empuja a ser y a descubrir lo que sentimos que queremos ser ligados a un fatalismo de persistencia que va más allá de toda razón. Algo más que un antígeno y un anticuerpo.

Para terminar, quiero poner un ejemplo real. Un caso clínico. Un pedacito de vida y de historia de un ser humano como cualquiera de nosotros. En este caso se ve la importancia de la supresión del principio vital por la desviación y el impedimento de “ser lo que le corresponde ser”. La desorganización de la fuerza vital de su naturaleza sana y la manifestación de la enfermedad como grito salvífico de su naturaleza y su verdadero yo.

Mi paciente es una joven de 30 años. Una mujer sencilla, soltera y que vive en un pueblo pequeño. Nació con un don maravilloso: una voz potente y angelical. Como todos los dones que recibimos era una facultad personal que lógica y naturalmente exigía expresión, expansión, desarrollo y cumplimiento para dar felicidad a sí misma y a los demás. Oírla cantar daba vida a todos y a ella misma, como es natural.

Por una serie de motivos deformantes que no me pongo a contar ocurre que su madre, en el fondo llena de envidia y ejercitando y abusando de su poder como figura materna, le prohibió violentamente que cantara. La ofende, la humilla, la ridiculiza, la desvalora, la castiga haciéndole sentir culpable, vanidosa y pretenciosa. En síntesis, poco a poco la castra, la enmudece.

La sumisión de la joven mujer corresponde a su extracción social y a su temperamento, por lo que no encuentra el modo de rebelarse y sucumbe al daño. En esta situación viene a mi consulta.

En los últimos tres años va desarrollando una poliposis múltiple degenerativa de las cuerdas vocales con hemorragia, acompañada de una depresión profunda y dolores de estómago violentos como cuando se come algo indigerible. Todo esto la tenía llorando amarga y silenciosamente a solas, continuamente, suspirando y, “sin saber por qué”, sin deseo de vivir. Era innecesario e inoportuno aclarar en aquel momento lo que era evidente: ella vivía el luto de sí misma.

La desviación de poder ser lo que tenía que ser muestra el daño que se hace cuando se desvía o se obstaculiza el principio vital de una persona. La fuerza de la expresión de la enfermedad y su extensión, además de su correcta focalización: las cuerdas vocales que, literal y metafóricamente, hablan, así como el estómago y la emoción hacen son la muestra de que la paciente tiene fuerza no sólo para enfermar sino para vivir, y hay posibilidades de curación. La coherencia de los síntomas muestra la coherencia de la Naturaleza como fuerza salvífica de todo ser viviente.

Dejo a ustedes la reflexión.

Según ustedes ¿qué debería hacer un verdadero médico? ¿Cortar o quemar los pólipos como si fueran simples muñones absurdos del organismo, no obstante que se tiene la experiencia estadísticamente demostrable de que estos pólipos tienden a reproducirse más y más en la medida que se eliminan quirúrgicamente? O, ¿el ideal de la curación sería devolver a la paciente su dimensión vital, hacerla salir del luto y recuperarla para su libertad y su salud posible en este momento de su existencia?

¿El ideal de la curación no sería dar un remedio (si el médico lo conociera) que fuese capaz de deshacer los pólipos con todo el conflicto interno que encierran dentro de sí, si todavía la paciente tiene la fuerza biológica para hacerlo? Y si esto no fuera posible, ¿el ideal de la curación no sería crear las condiciones óptimas para que una buena intervención quirúrgica sea acompañada de una resolución del conflicto real y una buena respuesta posquirúrgica con la probabilidad de la no reproducción del conflicto y los pólipos?

Esto último es lo que es capaz de ofrecer un buen tratamiento homeopático. ¿Se puede llamar a esto magia o sugestión? ¿O se trata simplemente y nada menos que una visión completa antropológica de la realidad del diálogo de la enfermedad con la propia historia de cada paciente, y la revolución que instaura la Homeopatía en la historia de la medicina de todos los tiempos de saber cómo hacer con claridad, exactitud y precisión científicas para que esto realmente suceda?

Esta es la potencia del remedio. La potencia del “agua fresca” que pretenden ridiculizar los que no conocen esta maravilla.